

EL CIBAO Y LA SOCIEDAD NACIONAL: Un Enfoque Parcial de las Manifestaciones Culturales entre 1840—1900.

Por Danilo de los Santos

1. *El aporte cultural del Cibao: Un problema*

El Canto Triste a la Patria Bien Amada, de Héctor Incháustegui Cabral, nos introduce a la Sociedad Dominicana del siglo XIX, cuando establecen sus versos principales la siguiente imagen:

“Patria.../y en la amplia bandeja del recuerdo/dos o tres casi ciudades/luego/un paisaje movedizo/visto desde un auto veloz:/empalizadas bajas y altos matorrales...”¹.

Cito esta descripción poética, porque a través de ella se logra una referencia retrospectiva, o un buen dibujo, trazado por uno de nuestros grandes poetas nacionales. Además, porque esos versos nos hacen caer en la cuenta que, cuando buscamos atraer el pasado remoto, obligatoriamente nos vemos situados entre la amplitud del período histórico al que acudimos, afectado además por la confluencia de fenómenos externos e internos. Y por otra parte frente al límite de una captación justa en su dimensión y análisis; limitación que sobre todo se da por los vacíos que no llenan las crónicas, los informes, los testimonios y que muchas veces obligan al rejuego de interpretaciones, a enfoques parcializados y a ordenamientos sometidos a la arbitrariedad de la cronología. Es por esta razón que la historia, aún cuando es un medio eficaz para desarrollar y consolidar la conciencia del hombre y de los pueblos, es también por su naturaleza y por sus recursos un conocimiento de verdades inacabadas, rehacientes, discutibles. A propósito señala Fernand Braudel, que la historia se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil, formado por la trama de problemas intrincadamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos diversos y contradictorios². Por esta razón, es que quizás el poeta al contemplar la Patria en el recuerdo ve “dos o tres casi ciudades” y “un paisaje movedizo, visto desde un *auto veloz*” que puede ser no el artefacto mecánico exclusivamente, sino

hasta el rápido y unilateral panorama trazado en un coloquio, o seminario.

Es mucho lo que hay que abordar con relación al conocimiento de la sociedad dominicana, respecto de la cual nos hemos quedado, regularmente, con la historia episódica o nos vamos al extremo que constituyen los movimientos vencedores; respecto de la cual exaltamos con prejuicios algunos valores a costa del desmedro de otros; o buscamos con ilusión medir el progreso, con el riesgo de sentirnos profundamente frustrados, pesimistas o empequeñecidos cuando no logramos vislumbrarlo. Creo con relación al conocimiento de la historia de la Sociedad Dominicana, que se pone mucha pasión también en ciertos personajes a través de los cuales se cuelan posiciones ideológicas, de grupos y de clases; y las cuales, más que esclarecer los hechos y objetivar las situaciones, no permiten que se entienda que si ciertamente “los hombres hacen la historia, también la historia hace a los hombres y modela su destino”. A esta Sociedad Dominicana, observo también, se le quiere estudiar angularmente; o desde un enfoque en maridaje con el liberalismo, o desde un ángulo regionalista, cuya extrema valorización socava toda intención de conocer un pueblo en la correcta perspectiva nacional.

En más de una ocasión discutí con el poeta Incháustegui Cabral estas observaciones finales. A ambos nos parecía que es una falacia analizar la historia desde cualquier ámbito regional e ideológico, exclusivamente. “Aunque hay historiadores locales que sustentamos con un fervor provinciano —me llegó a señalar—, las provincias y las regiones no son más que parcialidades de una totalidad”. Observando también que “entre los vicios historiográficos dominicanos estaba la cada vez mayor tendencia de explicarla, con justificación o no, desde un ángulo, exclusivamente”.

Podría pensarse que con estas observaciones estoy criticando los objetivos y la buena voluntad de este encuentro en él que discutimos sobre el Cibao y la historia nacional. Más, lo que pretendo es que se tome conciencia de que si realmente “la participación del Cibao en el devenir histórico dominicano” nos ha parecido un buen material de estudio, no nos quedemos en este lado del país, por vital que nos resulte para el desarrollo de nuestra realidad; pensemos que es necesario buscar, estudiar, desentrañar históricamente a otras zonas y pueblos. Todo estudio de una sociedad debe necesariamente comportar una minuciosa indagación de los componentes de su realidad histórica; espacios, economía, comportamientos sociales, modos políticos, manifestaciones espirituales. Inclusive, es necesario no sólo estimar lo que cualifica positivamente en el orden progresivo o de los

ideales, sino también estimar lo opuesto: “esa proliferación de experiencias contrarias cuya derrota exigió muchos esfuerzos”³. “También hay aquello que en cada edad componen sus medios, su poder, sus velocidades, mejor dicho sus lentitudes relativas”⁴; que es considerar todo lo que le ha afectado en un determinado momento: obstáculos geográficos, obstáculos técnicos, obstáculos sociales administrativos.

Es una lástima que en la agenda de este encuentro no se incluyera el tema de la geografía política y humana de la Sociedad Dominicana para los años que analizamos. Quizás podríamos saber más adecuadamente qué conciencia tenían los dominicanos de entonces sobre su espacio y realidad; y además qué retrato ofrece la sociedad en términos poblacionales, en términos regionales si realmente lo que se entiende hoy por *Cibao* era lo mismo en el pasado. Este nombre era para la población indígena de nuestra isla, “la zona más elevada de la Cordillera Central”, y según refiere el Padre Las Casas, *Cibao* es una derivación del vocablo “Ciba” que significa “piedra”⁵. El padre Las Casas le dio el nombre de *Vega Real* al Cibao⁶.

Mi preocupación por la geografía surge de la conciencia de que si realmente muchos nombres regionales no han variado históricamente, el territorio se ha visto constantemente sometido a una variación geopolítica. Aparte, la consulta de los cronistas de finales del siglo XVIII a mediados del XIX, crean la sensación de dar versiones diferentes sobre la zona del Cibao. Despejar este asunto es válido para encontrar el camino de una posible explicación cultural en términos históricos. “*El área cultural —aclara Braudel— pertenece (...) al dominio de la geografía en mucho mayor grado de lo que piensan los antropólogos. Esta área, además, posee un centro, un núcleo, unas fronteras y unos márgenes propios. En el margen se encuentran precisamente, con la máxima frecuencia, los rasgos, los fenómenos o las tensiones más características*”⁷; porque un área es un alojamiento que recibe una masa diversa. En la misma encontramos comportamientos desiguales que tienen que ver con el disfrute material de los bienes, también con la formación y las expectativas y las costumbres que desarrollan desde sus niveles. Encontrar los rasgos característicos de los que componen una masa regional o nacional es clave significativa para sustentar criterios evaluativos. Por esta razón, medir los aportes del Cibao o la cultura dominicana, por fuerte que sea el tono de las sustentaciones será siempre una posición apriorística, hasta que no se cubra el expediente a través del rastreo sociológico y antropológico. Rastreo que nos permita ya salir de ese encerramiento en el estudio colonial donde el elitismo intelectual sigue recreándose como se recreaban los intelectuales de finales del XIX con un

glorioso pasado lleno de falsedades, con un iluso indigenismo, y con una petulante blancura que el trópico llevaba mucho tiempo tostando, por no decir ennegreciendo. Que me perdonen los que más gustan de la historia colonial dominicana, y especialmente aquellos que la han asumido con profunda seriedad, pero tenemos que darnos cuenta que la tanta valorización colonialista de los siglos XVI, XVII y XVIII que tiende a soslayar la cosa hispánica, no sólo le está quitando el pañete al XIX republicano, sino que está desviando la atención que merece este último siglo, donde los constitutivos esenciales de la dominicanidad se remozan, se consolidan, entran en debate, reciben otros ingredientes y van dejando la proyección que se extiende hasta nuestros días.

2. Algunas referencias y observaciones sobre la situación sociocultural del Cibao

Acerca del Cibao, encontramos en nuestra bibliografía nacional una abundante documentación, que resulta de las observaciones que anotan sobre todo agentes viajeros. Entre los mismos no localizamos por supuesto a Sánchez Valverde ni a Moreau de Saint-Méry, que aunque vitales para encontrar algún planteamiento o algunas caracterizaciones que nos sirvan de base para nuestro tema, preferimos dejarlos ubicados en el período en que escribieron sus impresiones. Preferimos trabajar con David Dixon Porter, un agente secreto de los Estados Unidos, que visitó el país en 1846; y con Samuel Hazard, quien publicó una documentada obra en 1873.

En su *Diario de una misión secreta a Santo Domingo*, el Cibao queda referido por Dixon Porter con los siguientes términos: “y grandes llanuras y arboledas de verdura semejante a terciopelo forman a la distancia espectáculos si no tan grandes, con todo tan agradables a la vista. El elevado y lóbrego Cibao les gana a todos con una especie de temible sublimidad, aunque sus costados relumbran con todos los hermosos árboles de los trópicos”⁸. Pero el referido autor no da una idea exacta de lo que entiende por Cibao. Por una parte, al hablar del Valle de Constanza señala que para 1750 “esta parte de la provincia del Cibao era bien conocida y los caminos que la unen con La Vega y Santiago se mantenían abiertos y se recorrían con frecuencia”⁹; y por otra parte al hablar de Santiago, dice: “nada puede ser más hermoso que la vista desde las eminencias donde la extendida llanura está toda ante uno, llegando al pie de las montañas del Cibao, al este tan lejos como La Vega y al oeste y al norte hasta Monte Cristi. Estos son sus límites”¹⁰. El retrato social que ofrece el referido cronista sobre la región, muestra lados angulares o son impresiones fugaces sobre la vida cotidiana. Por ejemplo, al hablar de

Macorís dice lo siguiente: que contiene una población de 1,400 almas y 4,800 en la jurisdicción, agregando: *“Es verdad que todo estaba casi detenido todavía en el camino de los negocios, pero la gente parecía más contenta y mejor vestida que toda la que había visto por mucho tiempo en el pasado. Como todas las demás ciudades, sufre por falta de laboriosidad; pero como cada hombre está enrolado y es capaz de ser llamado en cualquier momento a servir en la frontera, dejan que sus haciendas se arruinen y se entregan a emprender el oficio de soldados”*.¹¹

En su retrato sobre Macorís, sigue señalando que la gente no tiene diversiones públicas de ninguna clase y que ordinariamente toman la religión como un pasatiempo, llegando a considerar lo siguiente: *“Por la costumbre, toda su alma queda fascinada con las imponentes ceremonias de la iglesia y parecen olvidar que sus sacerdotes con frecuencia son culpables de grandes actos de inmoralidad, y que muchos de ellos no están preparados para los elevados oficios de dirigir sus almas por el camino del cielo”*. Observó el cronista que el párroco de Macorís se dedicaba a la instrucción de su rebaño, y siendo un músico bueno, toda la comunidad había aprendido a cantar y hasta algunos habitantes también habían aprendido a tocar el piano. A propósito afirma: *“El espíritu de la música parecía haber tomado posesión de toda la comunidad. En un lugar se oía el sonido de una áspera guitarra, con todas las agonías de la música (...) En otro lugar las castañuelas estaban marcando el tiempo a una fea danza, a la que un gran tambor añadía su sonido no ceremonioso y por las señales se podía pensar que se había impuesto alguna tarea a los habitantes. Nadie supondría que toda su acción se dirigía a su propio entretenimiento (...) Macorís es uno de los pocos lugares donde los habitantes toman algún gusto en cultivar sus jardines de flores”*¹².

Al hablar de La Vega, aclara que no es la ciudad construida por Colón en 1495, sino una amplia población con cerca de 600 casas “de aspecto más bien ordinario y generalmente construidas de palmas”, con calles bien trazadas y que “tienen un aspecto acolchado que haría suponer al viajero que la población está despoblada”. En el poblado, *“la yerba crece a lo largo de los lados de las casas en gran abundancia y la cantidad de cabras pasciendo en las puertas y de ganado pastando la rica hierba en la gran plaza cuadrada le da más la apariencia de una pradera que de una ciudad”*. Considera que los veganos de entonces son indolentes y perezosos porque no llevan a sus rebaños a las extensas sabanas que están a corta distancia de la ciudad. *La población de La Vega y su jurisdicción es aproximadamente de 8,500, cifra tomada del registro parroquial (...) De esos*

cerca de mil son blancos, seis mil mulatos claros y mil mulatos oscuros y negros"¹³ ... Toda la gente es religiosa y moral, sometida a las leyes y humilde en su comportamiento...¹⁴.

En cuanto a Santiago, abunda más en descripciones y detalles. *En agricultura, Santiago es la primera provincia de la República y especialmente celebrada por su tabaco. Grandes cantidades de este producto se cultivan para la exportación*" vinculada especialmente a Alemania y un poco a los Estados Unidos¹⁵. La población de la jurisdicción sube a dieciseis mil y probablemente hay más blancos que en ninguna otra parte de la isla¹⁶. Resalta que Santiago es el punto central desde donde se distribuye por el país toda la mercancía extranjera que llega a los puertos del norte y a través del cual tienen que pasar todas las exportaciones (al lado norte de la isla) en su camino a Puerto Plata, observando que si "la guerra y los terremotos le dan solamente un respiro, será la primera ciudad en Dominicana"¹⁷. Dixon Porter abunda sobre las condiciones sociales de la zona urbana de Santiago "donde hay cuatro escuelas en buen funcionamiento, una de ellas un colegio para señoritas¹⁸ y donde los habitantes de la región acudían (...) a gastar sus ganancias semanales en la gallera o en las tentadoras tiendas (...) con un gusto que acreditaría a Nueva York o Filadelfia"¹⁹.

Yéndose a Moca, comunidad la que considera "el lugar jardín de Dominicana",²⁰ y no sólo observa en esta una población densa que se ocupa primordialmente del cultivo del tabaco y del maíz, sino que habla de su activo comercio apoyado en mercancía de los Estados Unidos, y las cuales dejan ganancias "del cien por ciento"²¹. En Moca visitó el cronista al maestro de escuela, "el que cuando entramos dice estaba azotando a un joven con una pala plana en la que había un número de hoyos con el fin de causar algún dolor en los culpables"²². En cuanto a los detalles poblacionales sostiene que la jurisdicción mocana está constituida por doce mil almas, con el color casi en proporción con el de la ciudad, en la que predomina la población blanca. Otros datos tienen que ver con la situación militar: posee "cuatro mil soldados y tiene una tropa de caballería con 150 hombres. Están mal uniformados y peor entrenados. Es inútil tratar de entrenar a esta gente. Siempre encuentran imposible hacerse soldado. Tienen un modo de pelear peculiar suyo, y todos los generales del mundo no podrían mantener la uniformidad de las filas o moverlos en grandes masas cuando están frente al enemigo. Disparan sus moquetes y luego corren sobre sus enemigos con sus largos machetes, que pronto arreglan el asunto"²³. Aunque el poblado, el cultivo agrícola y otras cosas de Moca le parecen hermosas al referido cronista, no tiene la misma opinión con respecto

a las viviendas de los caminos campestres. *“Todo parece hermoso salvo esas casitas de campo de aspecto ruin (...) Es la única clase de casa que se encuentra. De padre a hijo, el mismo modelo de construcción es observado cuidadosamente y así continuará el uso, hasta que se traslade entre ellos gente que tenga mayor gusto en arquitectura” (...)* La mayoría de los propietarios de estas haciendas son ricos y viven más allá de las necesidades de este mundo. No gastan nada y ahorran cada año de cuatro a cinco mil dólares de su dinero, que se entierra en algún lugar seguro. Esta es la única clase de bancos que tienen y conocen y no hay dudas de que son los más seguros”²⁴.

Dixon Porter termina su recorrido en Puerto Plata, y se sorprende de *“encontrar tanta civilización donde había esperado no encontrar nada (...) Los pocos americanos y alemanes que han vivido allí durante algunos años han introducido comodidades y lujos a los que son ajenos los naturales y que empiezan débilmente a imitar”*²⁵. En esta población, observa, hay más extranjeros que en cualquier otro lugar, lo cual permitía que la sociedad esté “establecida en una base más liberal de la que encuentra en otras partes”. La apariencia de la ciudad la considera buena: un cierto número de edificios de buen gusto construido a estilo de casas de campo²⁶. “Una buena iglesia (la mejor en el país salvo la catedral de Santo Domingo) ha tenido una añadidura que se le hizo para satisfacer la creciente devoción del pueblo. *Una iglesia metodista de apariencia modesta se levanta en un lugar destacado al borde de la ciudad y aunque los sacerdotes se oponen con vehemencia, los naturales la miran con ojos indulgentes y los metodistas disfrutan de perfecta libertad de conciencia. Es un tácito reconocimiento de la tolerancia de todas las denominaciones, aunque ese punto no ha sido decidido por el gobierno”*.²⁷

Entre las ricas informaciones que nos ofrece Dixon Porter y las que se obtienen de Samuel Hazard, median unos veintisiete años. Este último visita el país en 1872. Para entonces el Cibao se ha visto sacudido por dos guerras, como fueron la de 1857 y la de la Restauración, que se prolongan, en cierta manera, con el movimiento armado contra Báez, quien negociaba con comisiones imperialistas a la que pertenecía Hazard. Las guerras, determinan, en cierta manera la apreciación de unas condiciones urbanas y regionales diferentes. Por lo menos así las dibuja Samuel Hazard en el prefacio de su obra cuando establece que *“esta hermosa isla ha sido simplemente la víctima de infortunio ocasionado por haber constituido campo de batalla y tierra disputada, (...) finalmente, de los mismos dominicanos”*²⁸.

Al ofrecer algunas peculiaridades geográficas, Hazard le llama Cibao a la Cordillera que divide “la porción dominicana en dos distritos, el Norte y el Sur”²⁹, aunque establece que “comúnmente se le denomina *la Cordillera o la Cordillera del Cibao*” y esto último es de por sí una distinción, porque también aclara que *en este inmenso valle están comprendidas las mejores tierras y las principales ciudades de la isla, incluyendo Coturí, Macorís, La Vega, Moca, Santiago de los Caballeros, Guayubín y Monte Cristi, y aunque hay mesetas abundantes no se debe suponer que todo el territorio es una pradera llana, pues incluso muchas de las praderas que las componen son muy onduladas, y cadenas de montañas rompen la llanura en diferentes puntos. Pero hoy en día la principal riqueza agrícola de la isla se centra en “La Vega” o el “Cibao” como se llama igualmente*³⁰. A estas aclaraciones añade que la capital del Cibao es la floreciente ciudad de Santiago³¹, a la que define diciendo: “*esta ciudad, centro del tráfico del tabaco, controlada principalmente por los mercaderes extranjeros y con una población compuesta principalmente de blancos y mulatos activos y emprendedores, siempre ha estado celosa de Santo Domingo, la capital, a cuyo rango siempre se han creído sus habitantes con mayor derecho, dejando aparte la cuestión de la antigüedad*”³². Aparte de la descripción urbana y de los detalles sobre las actividades comerciales se sorprende el cronista del alto nivel intelectual de lo que él llama “la élite de la población del Cibao” constituida por miembros de la Iglesia, abogados, médicos y los principales mercaderes nativos³³. De un recorrido que efectúa de Santiago a Puerto Plata, recoge una serie de impresiones que hablan sobre tipos, modos y comportamientos de lo rural para aquellos momentos. Estudia la manera de preparar el tabaco para su consumo, y la cual considera “primitiva”³⁴. Se interesa por la vida militar, cuyos soldados “*no les importa marchar de cuarenta y cinco a sesenta millas diarias, día tras día y aparentemente sin la menor fatiga*”³⁵ y con una alimentación precaria. Sobre la manera de combatir no sólo refiere que los dominicanos de la clase baja “tanto si son soldados como civiles” se valían del machete para combatir, sino que recoge de un testigo la manera pintoresca del combate entre dominicanos y haitianos durante la primera república. En la batalla, —transcribe— “*ambos bandos se aproximaban gritando con todas sus fuerzas; entonces los haitianos disparaban al aire, creyendo así poder amedrentar a sus adversarios, que sacaban sus espadas y echaban a correr haciendo retirarse a los haitianos*”³⁶. En la zona de Villa Loba habla de un grupo de mujeres “afables, vivaces e inteligentes, con una dignidad y refinamiento naturales”, y refiere que los jóvenes de aquella zona rural sabían leer, escribir, manejando incluso libros de poesía en español y revistas ilustradas francesas. Sin embargo aclara: “*aquella gente, aunque probablemente constituían la élite de la clase*

rural, parecían no conocer en absoluto el cultivo científico, el embellecimiento estético, el confort o una alimentación sólida, consistente o nutritiva”³⁷.

Recorriendo esta zona, Hazard habla de “convoyes de mulas”, cargadas de tabaco y frutos o de sólidos pedazos de madera. Describe al *recuero* con su sombrero de ala ancha, sus calzones y su camisa, y con un machete casi tan largo como él, enfundado en una vaina cubierto de jeroglíficos. “Los *recueros*, no sólo eran gente ruda y de malos modales, que conducían las mercancías entre Puerto Plata y Santiago, sino que eran tan confiables que a los mercaderes no les importaba nada llamar a uno de estos hombres y darle un fajo de billetes para que se lo entregara a cualquier fulano, porque una vez se escribía la dirección, el dinero nunca dejaba de llegar íntegro”³⁸. Por esta razón Hazard llega a afirmar: “esta ha sido invariablemente mi experiencia de Santo Domingo: gentes tranquilas e inofensivas, generalmente incultas, no habituadas a las costumbres mundanas, que siempre se han mostrado hospitalarios hasta en exceso, en la medida de sus posibilidades, y cuya inteligencia e instintos naturales son tan buenos que cualquiera que los tomara por estúpidos se daría cuenta en seguida de su error, recibiendo a la vez una lección de sus buenos modales”³⁹.

Hazard se queja de la pobreza de la construcción urbana de los pueblos del Cibao, debido especialmente a la destrucción o incendio de que fueron víctimas cuando la guerra restauradora; sin embargo no deja de admirarse por el aspecto de Moca, a la que considera una ciudad de calles bien pavimentadas y casas construidas de piedras o del concreto del país (mampostería); *su buena conservación —apunta—, unida a la abundancia de pintura blanca y azul, (...) le confieren un aire limpio y alegre. En Moca se sorprende al encontrar no sólo casas con dos pisos (...) sino incluso algunas que tenían barandillas, un nivel de civilización con el que todavía no nos habíamos encontrado en toda la isla*⁴⁰.

Aunque uno se percata de que las informaciones que dan estos agentes del siglo XIX obedece a intereses bien definidos, hay que reconocer que a pesar de ello, son cronistas sumamente importantes. Estos cronistas, mejor que nadie nos ofrecen ricas y abundantes informaciones, al lado de las cuales podemos colocar informaciones más reducidas que nos dan algunos escritores dominicanos, también de la época. Por ejemplo, Alejandro Angulo Guridi, quien en un estudio publicado en 1864, y en el que combate la anexión a España, nos plantea el Cibao de la siguiente manera:

“En las dos provincias de La Vega y Santiago, o sea el Cibao siempre se continuó cultivando el tabaco en tales términos que nunca bajó de cincuenta mil quintales la exportación de este artículo, el cual constituye el primer ramo de su movimiento comercial, y es causa de la riqueza comparativa de aquel hermoso departamento. Pero eso se debe a que allí nunca hubo tantos esclavos como en el sur de la antigua colonia: el trabajo libre producía las ventajas que le son inherentes; y por tanto, cuando Boyer abolió la esclavitud, ya los hombres de raza africana, los cuales no eran muchos, habían adquirido los hábitos y el estímulo de quienes saben trabajar para su provecho”⁴¹.

Establece el escritor que lo opuesto ocurrió en el sur, (Santo Domingo y Azua en especial) y que contrariamente al “movimiento, lujo y hasta comodidades de los campos del Cibao”, lo que caracterizaba a esa zona era “la apatía, holgazanería, miseria y desarreglo” en los campos. Resaltando las buenas condiciones de la zona cibaëña nos hace el siguiente retrato descriptivo:

“El campesino del Cibao, señaladamente de la provincia de Santiago y las comunas de la capital de La Vega, Moca y Jarabacoa, para ir a poblados se viste siempre con chaqueta de paño, pantalones de dril o casimir, corbata de seda, camisa de hilo o algodón, sombrero de girón o Panamá y botines de becerro. Muchos llevan medias; raro el que no monta en un hermoso caballo, y más aún el que sobre la silla de montar, no lleva un pellón que le importa de dos a cuatro pesos fuertes. Pero los campesinos del Sur, ¡Qué contraste tan grande ofrecen con relación a aquéllos! Baste decir, que por regla general, el uno es el vice versa del otro”⁴².

Un segundo escritor dominicano que establece referencias sobre el Cibao y su situación sociocultural lo es Pedro Francisco Bonó. De sus escritos se extraen esas referencias, planteadas con esa visión sociológica tan peculiar que tuvo para mirar el fenómeno histórico dominicano en el lapso de su vida pública que transcurre entre 1851, cuando se desempeña como fiscal de Santiago y 1906 cuando fallece. De los escritos referidos se obtiene una caracterización que no debe ser apreciada desde un punto de vista regionalista, sino en la perspectiva del desenvolvimiento nacional de su época. En su trabajo titulado “Congreso Extraparlamentario”⁴³, deliberaciones imaginarias en la que asume una crítica “fina y sutil”, sustenta que “las raíces de la República Dominicana están asentadas en su situación geográfica”,⁴⁴ estableciendo por otra parte que “*el terreno del Cibao por lo general, se divide en terrenos de labor y en terrenos de pastos. De Dajabón a Santiago, las cordilleras Norte y Sur, sus faldas y*

estribaciones, algunas matas u oasis y las orillas de los ríos, son terrenos labrantíos; el resto, es decir la parte llana, es terreno de pasto. De Santiago a Cenoví es una faja de algunas leguas de una a otra cordillera, terrenos de labranza. De Cenoví al Sillón de la Viuda, terrenos de pastos, excepto las orillas de los ríos y arroyos, cejas, cordilleras, faldas y estribaciones”⁴⁵ ; y estas apreciaciones las establece para reconstruir “a grandes rasgos” lo que había sido el trabajo cibaeño: “La base en que estaba sustentado —dice— el resorte principal que lo movía era el cultivo del tabaco”, agregando que dicho producto como “poderoso resorte ponía en movimiento todas las capas sociales, todas las fuerzas activas de la sociedad, por medio de engranajes fáciles y suaves, resultado feliz de un trabajo esencialmente nacional ’.

“El tabaco —insiste— daba ocupación fructuosa a los sembradores y extractores de nuestros textiles y a los fabricantes de todas las cuerdas en uso: hilos de enseronar, cinchas, lazos, maniotas; a los recolectores de los granos y canas y a los que con ellos fabricaban; serones, álganas y enjalmas; a los ganaderos, a los arrieros y dehesas; a la población flotante de los pueblos y ciudades empleados en separar, descabezar, enmanillar, enseronar, entretejer, estibar. El cultivo del tabaco, fruto de cuatro meses de vida, dejaba a los conucos limpios y habilitados por ocho meses, para la siembra y cosecha de frutos menores, que bajo la continua fertilidad estival de la zona que habitamos, no dejó ni pudo dejar con escasez las subsistencias”⁴⁶.

Así como habla del tabaco como fundamenteo económico de la época también aclara que “el fondo de la riqueza del país consiste en animales de crías” porque “los habitantes como pueblo primitivo, son aún pastores, pero los ganados no son guardados directamente” —aclara— porque no se oía “el canto de los rebaños, el cuerno detrás de las pjaras” que pudieran demostrar la vigilia del dueño o propietario.⁴⁷

Si en algún párrafo de sus escritos, Bonó exalta al dominicano como “gran trabajador”⁴⁸, también establece que la población masculina concurre al trabajo agrícola “en la proporción de un quinto de las fuerzas disponibles” debido a que los hombres permanentemente estaban al servicio de la guerra y al servicio civil. “La mitad del año —señala— los agricultores la pasan en campaña o acuartelados; la otra mitad la consagran al servicio civil ordinario y gratuito (...) resultando que en último extremo, son las mujeres y los niños los que vienen a dar cumplimiento a todas las faenas del campo”⁴⁹. Críticas como estas constituyen una señal para obtener el perfil socio-cultural del Cibao a partir del año 1867 en adelante.

Veamos por separado diferentes aspectos sobre lo que reflexionó Bonó, llegando a establecer modos y descripciones de la sociedad en la que se desenvuelve.

FESTIVIDADES. “Las naciones protestantes guardan los cincuenta y dos domingos del año, con más, algunas fiestas religiosas o conmemorativas cuyo número no alcanza a veinte. Los católicos de Europa están en el mismo caso. Los dominicanos guardan las tres cuartas partes del año, comprendiendo en ella: los domingos, los días de ambos preceptos, los preceptos de misa, los de los patronos generales y particulares, los tres de las cuatro solemnidades parciales, los de los santos abogados de los gremios de las enfermedades de los ojos, gargantas, muelas, partos, terremotos, cosas perdidas, etc.”⁵⁰. La creencia generalizada entre obreros y labradores —recalca Bonó— era que el trabajo en uno de esos días feriados podía provocar “lesiones traumáticas” o “resultados negativos en el mismo trabajo”.

DIVERSIONES: “Los nobles ayuntamientos son los designados para recaudar el *barato* oficial y son los que, para el barato no merme, estudian y se esmeran en dar al juego todo el ensanche posible multiplicando las diversiones hasta el extremo de poner un *garito* en cada sección (...) Primero: en la valla de los gallos, los sábados, domingos y lunes de todas las semanas se amontonan diez y doce mil agricultores, algunos con sus mujeres e hijos, gritando, gesticulando, apostando, desgañitándose; rodea a esta valla una, dos, tres o más mesas de juego de azar, aquí los dados, allá el monte, acullá la Veintuna. Hay un departamento de bebidas alcohólicas (...); hay el salón de baile en permanencia que se calma de día y recrudece de noche, y todo está cercado de bateas y bandejas cargadas de dulces, licores, fiambres, cigarros, vendidos por mujeres la mayor parte cortesanas”⁵¹ “El dominicano —concluye— está “mandado por una ley religiosa y otra de policía a ponerse en continua huelga”.

COMUNICACION: “la capital de la nación está separada al ras de todo el tronco por la ausencia de una red de caminos que la ponga en contacto inmediato con todos los segmentos territoriales de la República. Todo encarecimiento es poco para pintar lo agreste, lo salvaje de la desierta y mal acabada trocha que hace comunicar la capital con Santiago. Cincuenta o sesenta leguas del más rudo tránsito posible no tiene una sola posada, una miserable venta, donde, como en la de don Quijote, pueda uno encontrar un duro, apocado y fermentado lecho de dos mal lisas tablas, y una escasa cena de bacalao servida por una Maritornes. Cuatro poderosos ríos de crecientes perpetua (...) y todas estas barreras entre los dos más fuertes grupos de la República, son causa de que el respeto y

consideración al gobierno sea más bien nominal o sentimental”⁵². Define Bonó que los caminos no son caminos; y establece: “los vecinales son veredas; los de sabanas, carriles de ganado y los denominados reales, son pasajes innominados en los que ni Rey ni Roque han puesto un dedo”.⁵³

CONTRASTE POLITICO ENTRE CIUDAD Y CAMPO: “Observando con cuidado los antagonismos que sufre la República” para 1884 Bonó establece que “el habitante del campo casi siempre abraza espontáneamente el partido contrario al que siguen las ciudades”⁵⁴. “Hubo un tiempo —aclara— en que el campo sólo tuvo por modelo y dirección el de la ciudad o villa, su centro administrativo. Estaba simbolizada su fe religiosa, en el campanario; su obediencia, en la comandancia de armas; su propiedad, en la escribanía o alcaldía; su conducta es la de los pueblos. Hoy no viene a misa y hasta huye del cura; resiste y combate la autoridad militar; compra y vende muebles e inmuebles de palabra y arregla sus diferencias en el monte, temeroso de las tarifas de notarios y alcaldes.”⁵⁵

LEYES: “En la historia patria, sólo se registran dos o tres disposiciones que protegían el trabajo del pueblo. Su fecha es reciente. Las leyes que se han estudiado, discutido, ampliado y aplicado, fueron y son: las de los impuestos, las draconianas de seguridad; las de concesiones a extranjeros; las constituciones de monopolios. Nuestro derecho público siempre es copia de lo de aquí, de lo de allí, y por inestable y numeroso de su cantidad y aplicación nadie hace memoria ni podría darle cuenta (...) Una sola constitución no se ha estudiado bastante para el pueblo dominicano (...) Nuestro derecho privado deja estupefacto al mundo entero: es exótico, tan exótico que en lengua exótica está mandando observar. Es además la vestidura completa de un desaforado gigante echado encima de un enano enclenque (...) en sus pliegos y dobleces no encontramos los miembros de nuestros propios cuerpos.”⁵⁶

INSTRUCCION. Para 1884 establece Bonó que la enseñanza “no está generalizada ni en vía de generalizarse, porque no está distribuida con equidad ni en armonía con lo que se puede pedir y se debe otorgar. Los agricultores y ganaderos que son los que casi por completo pagan las escuelas (...) carecen en general de escuelas primarias gratuitas⁵⁷, afirmando también que para entonces difícil era, con excepción de la capital, encontrar “un centro de aprendizaje gratuito y enaltecido del trabajo manual parecido a los tres o cuatro que hacía cuarenta años había en el país”⁵⁸.

EXPRESION LITERARIA. En el país de entonces por lo general la tendencia literaria es la de otorgarle “más extensión a la letra que al espíritu”, la forma lo abarca todo, se persigue el ideal del bien decir, se castiga el estilo, se le magnifica, se le rinde un culto exclusivo en materia de suyo vacías de sentido, en detalles numerosos de trivialidades y fantasmagorías infantiles” y agrega: “Hay editoriales de periódicos, hay discursos cuyas frases (...) no sueltan una gota de juicio”⁵⁹.

FIESTAS SOCIALES. Bonó define como se celebraban estas fiestas a “la antigua usanza”: “varios lechones al asador, bien tiernos y con cueros bien tostados, sazonados con el mojo de puerros y ajíes caribes; servidos en yaguas verdes cubiertos de frescas hojas de plátanos; víveres y bebidas a discreción y un palo al aire libre con faroles en lugar seco, llano y barrido. Diferentes orquestas esparcidas: aquí cuatros (sic), guiras y décimos; allí vandeones y tamboras, y allí clarinetes y bombardos, y como quien quiera y pueda”⁶⁰.

CARACTER NACIONAL. “Somos una raza nueva en el mundo, producto de la mezcla del caucasio, indio y africano; profesamos la religión verdadera: la cristiana” (...) nuestro pueblo (...) es bravo, audaz, es bondadoso, hospitalario, sencillo, trabajador, inteligente, emprendedor”, pero “tomado colectivamente es casi inútil; no tiene la sociedad dominicana esa cohesión indispensable de toda agrupación humana que quiera ser definitivamente independiente, dueña absoluta de sus destinos. El fondo de nuestro carácter nacional lo constituye el particularismo, el individualismo...”⁶¹ Por otra parte sostiene que “el dominicano es valiente, y más que por eso, porque siempre anda armado; véase si no la proporción de heridas en los campos donde ninguno sale de su casa sin su sable”⁶².

Con relación al desarrollo cultural del país, en el que está implicado el Cibao como zona productiva y de subcultura, formula Ciriaco Landolfi lo que él llama “una interpretación culturoológica, desde las raíces de la Primera República”⁶³ que “la historia republicana” responde alternativamente en su desarrollo al versus, (...) entre la cultura del montero que erige y domina la Primera República con su centro adoptivo en la urbe, y los que emergentes del menester productivo se nuclean al calor del corte de la madera en Azua y preparación del tabaco en el Cibao”⁶⁴. Esta última zona es una incógnita respetable en el contexto republicano, aunque para 1857 era “liberal y federativa” al desarrollar lo que él llama, y cito: “*el mensaje de una, la del tabaco, con sus peculiaridades, hijas si se quiere de un esquema productivo que en la región cibaena de la época puede ser sugerido en su diseño por la independencia del*

*productor, (...) la legión de asalariados en su siembra, cosecha y preparación, los fabricantes de cigarros y rapé, y asimismo los de serones y cordelería, los transportadoras del producto a todo el país, los intermediarios en el engranaje de comercialización doméstica, etc.”*⁶⁵. La cultura del tabaco —concluye— con la guerra de la Restauración traslada el eje republicano hacia el Cibao⁶⁶, y en “Santiago cristalizará la II República más auténtica que la primera⁶⁷. Las sustentaciones de Landolfi son comentadas por el escritor Marcio Veloz Maggiolo, quien señala que tanto la cultura del montero y la cultura del tabaco “*están presentes dentro del marco de la cultura colonial y pasan al de la republicana, ya en proceso de una cultura nacional; elementos, que en muchos casos como en el montero, serían periféricas y no fundamentales*”. Establece el referido comentarista que “*la cultura dominicana es la que está integrada por: la cultura colonial y republicana. Y la cultura nacional es un proceso que se inicia con los aspectos republicanos y se proyecta hasta nuestros días, como resumen, convivencia y permanencia de los aspectos históricos particulares que han vivido los dominicanos y que se han integrado definitivamente en un modo de vida que nos diferencia de otras comunidades nacionales en latitudes diferentes*⁶⁸. Aunque es muy discutible la distinción entre lo dominicano y lo nacional, sí es válido el reconocer la diferencia de nuestra sociedad respecto de otras sociedades continentales; esta diferencia, a pesar de compartir con ellas los orígenes embrionarios, como la conformación racial e ideológica. Pero de la diferenciación no escapa ni el propio conglomerado poblacional de nuestro país, en el que se dan numerosos contrastes por encima de rasgos comunes. Las variantes lingüísticas son distinciones tan poderosas como las mismas experiencias existenciales de los grupos sociales, o como los marcados caracteres desarrollados en cada uno de los espacios regionales y que en algunas situaciones nos dividen.

3. Seguimiento de algunos aspectos culturales en el Cibao entre 1844–1900

La cultura constituye un sistema integrado de patrones económicos, ideológicos y sociales que surgen, se desarrollan y modifican en correlación a un determinado espacio geográfico y a instancia de los procesos históricos. La cultura emana variablemente del comportamiento colectivo, dejando un expediente residual o unas constancias que nos permiten contemplar a toda sociedad en una dimensión pasado-presente y hasta vislumbrar una personalidad particularizada desde un plano de relaciones, causalidades y confluencias.

Para poder estimar el desarrollo cultural dominicano, no sólo han

de tenerse en cuenta los componentes étnicos que le sirven de base, sino también como interactúan entre sí, como se fusionan dentro del debate, dentro de las condiciones o límites de la geografía insular y a expensa de situaciones históricas en la que entran presiones políticas, modos y definiciones de producción económica y contrastes de grupos sociales. Precisamente en el comportamiento de los grupos es que encontramos el asidero cultural de cualquier pueblo, porque son ellos los que en base a sus necesidades e ideales trazan las definiciones institucionales, las de inventiva o recreación espiritual, las de los modos y costumbres cotidianas; en fin todas aquellas que se desarrollan en toda la extensión de un territorio nacional o dentro de las demarcaciones regionales.

Para poder hacer un seguimiento al desarrollo cultural dominicano entre los años 1844—1900 no sólo hay que tomar en cuenta los aspectos que entraña el análisis cultural, sino que para medir sus registros en lo regional o en lo nacional hay que enmarcar los mismos en las causalidades del siglo XIX. En el texto *Visión General de la Historia Dominicana*, planteamos Valentina Peguero y un servidor que “la cultura del XIX surge y se desarrolla a expensas de los acontecimientos políticos más notables del siglo. Por consiguiente, sus caracteres y manifestaciones se definen a través de los mismos y dentro de una evolución alterada por cambios regularmente violentos y anárquicos. Estos cambios entorpecen y limitan las manifestaciones culturales, a ellos se suma la deficiencia que subyace en los medios económicos durante ese tiempo. Siendo el XIX un siglo de constantes cambios políticos, lo primero que se aprecia es la diversidad y variación de sus períodos, los cuales inciden directa o indirectamente en el proceso cultural. Períodos de sometimiento como la Era de Francia, la España Boba y la Ocupación Haitiana fortalecen matices ideológicos de dependencia y logran innovar aspectos socioespirituales y socioeconómicos, aunque sin remover del todo la base hispánica. Frente a esos períodos de sometimientos se desarrollan los períodos republicanos, en los cuales se va conformando una mentalidad que a medida que se acrecenta, crea y fortalece aspectos de una cultura nacional”⁶⁹. Otra característica cultural que anotamos respecto al siglo XIX dominicano “es el contraste entre el aspecto popular y el aspecto culto. Mientras el primero se sostiene y enriquece a expensa de los cambios, el segundo entra en crisis frente a los mismos, llegando a situaciones de disgregación. Lo popular amplía factores folklorizantes y nativistas en su arraigo afro-hispánico. Lo culto introduce corrientes renovadoras que no logran formas definidas a corto alcance”⁷⁰. Como un aspecto predominante a lo largo de todo el siglo XIX lo es la lucha armada, consideramos que de por sí constituye una característica sociocultural estimable desde

todos los puntos con que quisiéramos analizarla, incluyendo esa posición que nos permite apreciarlo como enorme fuerza entorpecedora de la marcha social de una nación. Sin embargo, regularmente no se llega a comprender que el espíritu levantisco es constitutivo de una personalidad nacional, y que cuando se le excluye como comportamiento, como expresión que entraña numerosos elementos socioculturales, es porque quisiéramos la historia de los pueblos con el prisma de los ordenamientos y el progreso. Bajo el imperativo de la lucha armada no sólo surge nuestra vida republicana, sino que se asegura con ella nuestra conciencia nacional y nuestra definición dominicana. Vida política (la república), ideológica (la nación) y cultural (lo dominicano) que interpretándolas con los elementos de juicio establecidos por nuestra historiografía, edifican a una zona como baluarte del liberalismo, y a la otra como conservadora. *Me refiero al norte y al sur, dos extensiones geográficas cuyas horizontalidades se mojan en el mar, se cantan a lo largo de la frontera con Haití y terminan convergiendo en las espinas dorsales de la cordillera Central, frontera también de una supuesta, tal vez inventada o quizás discutible desunión:* porque ha de tenerse en consideración que más que los intereses regionales que caracterizan al siglo XIX la desunión la producía principalmente la realidad geográfica de entonces. Una realidad extremadamente rural, y sin más caminos de contactos que aquellos trazados por la colonización española, a los que tal vez se añadieron —puede pensarse— otros caminos, resultado de la fundación y crecimiento de poblados dentro de un enmarque regional. Harry Hoetink nos ayuda a visualizar esta situación cuando establece que 38 poblaciones fueron fundadas en el XIX o ascendidas a puerto cantonal o común⁷¹, a lo que podemos añadir la opinión de un testigo que como Bonó nos dice que para 1881, los caminos, en buena definición no eran caminos, y que todo dominicano “que se ve obligado a hacer un viaje (pues si no es obligado no lo hace), pasa la víspera tan agitada noche como lo que precede a un combate”⁷².

La realidad dominicana era la de una sociedad incomunicada. El aislamiento interno era tan grave que sus principales puntos poblacionales daban la sensación de ser países distantes, como sus regiones principales nos parecen naciones desiguales, dada la insistencia en otorgarle modos productivos diferenciados como también comportamientos e ideologías desiguales. Me refiero, con esto último, a esas caracterizaciones que con exclusividad nos pintan al Sur como región ganadera, conservadora y más ennegrecida que la del Norte, la que a su vez era tabaquera, liberal y más blanqueada, por supuesto.

Las diferencias se dan entre una y otra región, indudablemente,

pero creo que es el aislamiento, la extremada ruralidad de la vida social y colectiva de entonces la que dan la clave para entender todo el desenvolvimiento nacional. El espíritu levantisco de la época no se debió principalmente a pugnas regionales, sino que tenía que ver con la adhesión partidarista que promovían los líderes a base de consignas, utopías y promesas alentadas en sectores; como también al compromiso moral y emocional que vinculaba esos sectores con nuestros primeros líderes políticos, como fueron los caciques, esas figuras regionales que añadieron a su prestigio de propietarios muchos elementos del prestigio social como lo es la relación del compadrazgo, el queridaje y la dependencia de una empleomanía que entrañaba muchos caracteres. Me detengo en esta apreciación porque a donde debo llegar es al seguimiento de algunos aspectos culturales que pueden verse como del Cibao, primero porque el aislamiento de las regiones en el siglo XIX nos lo hace posible, y el prisma del temario debe hacerlo posible.

En su definición geográfica más aceptada, el Cibao es una zona de 600,000 hectáreas que se extiende desde las bahías de Manzanillo y Montecristi hasta Samaná. Sus límites son, por el norte: la Cordillera Septentrional, que la separa de la llanura costera del Atlántico; y por el Sur la Cordillera Central y la Sierra de Yamasá⁷³. Tomando en consideración esta localización, caen entonces en el Cibao los núcleos poblacionales de las provincias siguientes: Montecristi, Santiago, Moca, San Francisco de Macorís, La Vega y Sánchez Ramírez o Cotuí y Salcedo. No hay datos específicos que nos refieran con exactitud la densidad poblacional del Cibao entre los años 1844–1900, teniendo que valernos de las estadísticas recogidas por la comisión de investigación estadounidense que para 1871 ofrecen una cifra de más de 90,800 habitantes, lo que significa que se ha sumado la población de la Provincia de *Santiago* (35,800, incluido Dajabón), de *La Vega* (52,300, incluido San Francisco de Macorís, Moca...), el *Distrito de Samaná* (2,100 habitantes) y *Montecristi* (1,500 habitantes), formando parte del Distrito de Puerto Plata. No podemos interpretar tampoco el porcentaje poblacional en términos raciales, para poder discernir sobre la nucleación cultural de excedente blanco o de excedente africano para 1871, pues es válida la aceptación de que ya para entonces como hoy la cultura nacional era el resultado de una simbiosis. Ciertamente en la misma se localizan los patrones hispánicos con cierto predominio, pero también los africanos con numerosas huellas. Si realmente se localizan entre los años 1844–1900 racialidades “puras” en el Cibao, están representadas por grupos de inmigrantes. En un extremo el reducido grupo de negros metodistas introducidos desde Estados Unidos por Boyer en 1824, parte de los cuales se ubicaron en

Santiago y Samaná, en donde como en otros puntos del país constituyen una cultura cerrada, pero que finalmente se dominicanizaron “en lo que respecta a idioma y a la selección de cónyuges, aunque todavía tenían sus propias iglesias metodistas⁷⁴. En otro extremo están los inmigrantes blancos (canarios, catalanes, cubanos, puertorriqueños...) de los cuales se localizan en Santiago y La Vega, en donde llegan a tener influjo económico y cultural, e interfieren en los asuntos políticos, lo cual es también síntoma de una adaptación al medio. Podemos agregar a estos grupos la presencia de haitianos, cuyo número o se pierde en el anonimato o quedan reducidos y obligados a desenvolverse en aquellas zonas cercanas a la frontera.

Es imposible juzgar con relación a grupos raciales el desenvolvimiento de las manifestaciones culturales en el Cibao o en el país. Estas manifestaciones culturales responden a una hibridación, como resulta la racialidad dominicana, definida como “mulata”. En esa hibridación, mezcla o fusión permanecen las herencias como una diversidad y como un planteamiento, como una manera de ser y como un resumen.

Siendo el Cibao parte constitutiva de la ruralidad nacional del siglo XIX, hay una cultura implícita que emana del campo y que tiene que ver con el trabajo, con el hacer cotidiano de la siembra del conuco, definidos como *“espacios limpios rodeados de palos dispuestos uno cerca del otro para evitar el paso de los cerdos salvajes que infestan la región”*, y en los que *“el sembrado se efectúa de la manera más primitiva, corrientemente haciendo un agujero en la tierra con un machete o haciendo un palo ahorquillado como modo”*⁷⁵; porque había pocas azadas, y era virtualmente desconocido el arado de acero⁷⁶. Resulta curioso observar como expresión de la cultura del trabajo, la práctica campesina del desmonte constante de nuevas tierras, cuando pensaba que las condiciones del terreno donde había sembrado en una ocasión o dos, ya no eran aptas para nuevos cultivos. A esta operatividad conuquera, carente de técnicas eficaces para el sembrado, se añadía el machete, instrumento fundamental del cultivo o *“arma dominicana por excelencia”* porque así como servía para la tala del monte y el desyerbo, también servía para los cruentos desagravios⁷⁷, frente a los que el campesino medía su valor y honor.

De la vida rural del Cibao en el XIX se desprenden numerosas manifestaciones, como los modos de producción del tabaco, el cacao y el café, cultivados en la hacienda como unidad productiva mayor en comparación con el conuco. Sumergido en la ruralización hay que observar las peleas de gallos, verdadero deporte nacional de entonces; y los cánticos, bailes, y expresiones populares, cargados de matices

lingüísticos (arcaizantes) y de creencias. En relación al baile, la mayoría de los visitantes extranjeros del XIX no dejan de asombrarse de la afición que sienten los dominicanos por éste. Otto Schoenrich, entre ellos, nos señala que *“cada día de fiesta pública es una excusa para dar un baile, y cuando escasean los días de fiestas, el baile se arregla de cualquier manera (...) En el campo. Refiriéndose a la música del baile apunta que la misma “mantiene un golpe rítmico en un tambor hecho de un barril o tronco hueco”, y que “violines rústicos o guitarras o un acordeón tocan el acompañamiento. Para el viajero, cabalgando de noche por el camino, el profundo retumbar regular de los bailes distantes llega con un misterio indescriptible. En algunas danzas los participantes se entregan a un canto monótono, en otros hay pausa en los cuales los hombres jóvenes deben improvisar rápidamente versos con el tema sugerido por una de las mozas”*⁷⁸. Porque canto y verso también rivalizaban en el sentir popular del Cibao y de toda la nación del XIX. *“Un estudio detenido de la manera en que el pueblo dominicano en su gran mayoría (el medio folklórico rural y parte del urbano) expresa el sentimiento del amor, nos llevaría a la poesía como forma natural y universal de expresión, la poesía cantada. Destacaría las formas métricas de la copla española y de la decenia o espinela que en Santo Domingo constituye la verdadera poesía nacional. Revelaría rusticidad y con ella todo un caudal de ingenuidad y de delicada ternura. Entre expresiones y giros de tendencia dialectal, entre voces arcaicas y delitos gramaticales surge siempre una genuina inspiración poética de tónica ingenua, abundante en figuras delicadas que muestran como en un clima de rusticidad sobresale en toda su pureza un espíritu de auténtico refinamiento que es la clave del sentir del verdadero campesino dominicano”*⁷⁹. En el Cibao, vale aclarar la disputa entre recitadores o cantantes de décimas era pasatiempo comúnmente registrable como todavía podemos escuchar los convites que ocasionan las tareas del trabajo campestre.

En cuanto a las creencias nos dice un cronista de 1901: *“El campesino dominicano es como el de todas partes, supersticioso y desconfiado, llevando este obstáculo para su prosperidad moral y material a la última nota de exageración. Jamás se tumba un cunuco (sic), se echa (sic) una gallina, se hace un fundo, se construye un rancho ni se practica ningún negocio en día martes. En ningún caso se habita un fundo sin colocar en cada una de las vereas (sic) que a él conducen, una rústica cruz de madera para espantar el Diablo”*⁸⁰. Pero la creencia popular no se queda en este tipo de superstición, sino que asume otras formas. Para 1875 se reseña en EL ORDEN No. 32 de Santiago, la noticia de un encuentro entre tropas y “los come-gentes”, que según la opinión popular no eran otros que los haitianos, y

quienes vinculados a la superstición del voodoo, “se dice efectúan ceremonias en la que sacrifican y comen carne humana”⁸¹. Quizás en este tipo de noticia es que se encuentran las raíces de ese mecanismo de las familias dominicanas que para inhibir el comportamiento de los niños, se valen de la amenaza del “cuco” que es o prieto, o haitiano, pero que sobre todo “come gente”. Hay que subrayar que en el seno de las masas populares del Cibao se desarrollaron durante el siglo XIX un gran número de supersticiones que tienen que ver con prácticas y creencias familiares. Las mismas, aún alimentadas en base a la catolicidad, fuertemente arraigada en el ámbito rural, en donde la necesidad de identificar devoción con objeto devoto permitió que se desarrollara el arte de la santería vernácula en la que imagineros tallaron o pintaron las maderas, originándose así una expresión de lo que podríamos llamar arte popular. A esta expresión tendríamos que añadir la de las artesanías populares: potizas, tinajas, maimitas y tejidos varios, cuya fabricación localizamos por ejemplo en la zona de Moca, como una continuidad de una fabricación enraizada a los tiempos de la colonia.

Tomando en cuenta que la ruralización es lo que más profundamente marca la vida cotidiana de nuestra sociedad entre los años 1844—1900, es comprensible como una enseñanza sistematizada fuera tan precaria, aún cuando la institucionalidad nacional la buscara promover mediante una copiosa legislación. Por supuesto, son otras limitaciones también las que imposibilitan la instrucción desde los primeros momentos republicanos. Ricardo Miura, ministro de Justicia e Instrucción para 1846, al presentar un informe de las escuelas establecidas para entonces decía que las mismas no correspondían al desarrollo que debía alcanzar la enseñanza, alegando que todos los esfuerzos eran infructuosos cuando no hay modo de encontrar con quien llevar a cabo el establecimiento de escuelas, y hablaba de la carencia de preceptores o maestros⁸². El establecimiento de colegios y escuelas en el Cibao durante la primera república es de difícil seguimiento, porque muchas veces aparece la ley pero no aparecía el establecimiento. Puede pensarse que si la precariedad nacional armonizaba con la ruralidad de una nación en la cual las masas eran —en su mayoría— analfabetas, los únicos síntomas de escolaridad se vinculaban a las restringidas escuelitas de las poblaciones. Para 1867, señalaba Pedro Francisco Bonó que en el país sólo había un establecimiento de enseñanza superior, y que en las 42 comunes había “quizás catorce escuelas públicas, y en ellas 481 alumnos” y “un número de 600 niños en escuelas particulares. De las escuelas, localizaba 5 en el Cibao (3 en Santiago, una en La Vega y otra en Moca). Para 1871 el número de escuelas había aumentado discretamente a 12 (en Santiago se localizaban 5 escuelas para

varones, y 3 para niñas; en San Francisco de Macorís, una escuela para varones, y lo mismo en Samaná, La Vega y Moca). Esta nómina escolar se extrae del informe de la comisión de los Estados Unidos que también apunta la existencia de escuelas particulares, pero sin ofrecer la nómina de ellas⁸³. Metodológicamente el sistema de enseñanza en todo el país ponía énfasis en la lección aprendida de memoria, lo que acarreaba duros castigos corporales cuando cualquier alumno no podía retenerla o cuando a juicio del maestro se violaban las costumbres disciplinarias. *“El látigo, la palmeta, la puesta de pie largas horas sobre el banco, las corbatas de yagua en exhibición durante la clase”* y la utilización de un guayo para hincar por horas al niño eran los medios de que se valían los maestros para sancionar⁸⁴. Este método tradicional se modificó un poco para finales de siglo, cuando la tendencia de modernizar la enseñanza, vinculó ésta al movimiento hostosiano; y Hostos, hay que apreciar, encontró el cauce para su tarea educativa y sus sustentaciones positivistas, en las corrientes que movían las aspiraciones liberales

Con relación al liberalismo en la sociedad dominicana, se suele entender que este se desarrolla con cierta exclusividad en el Cibao, como si realmente esta doctrina burguesa estuviera impedida de circular por el sur debido a la barrera de la Cordillera Central y a la falta de caminos. El liberalismo en la sociedad dominicana ya estaba visiblemente presente desde los inicios del XIX y asociada a aquellos grupos que no sólo se desenvuelven en base a operación librecambista, sino a aquellos grupos que principalmente han asimilado los postulados liberales a través de lecturas o que han tenido contacto directo con naciones como Inglaterra, Francia, la misma España y Estados Unidos. De aquí resulta que especialmente para la Segunda República los más sobresalientes pensadores u hombres de acción —Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, Benigno Filomeno de Rojas, Gregorio Luperón y otros—, fluctúan entre una búsqueda de libertades sociales y la aspiración al progreso; entre la búsqueda del orden y la aspiración a una sociedad civilizada que sólo las luces, la concordia y el trabajo podían cimentar. Apoyado en el liberalismo —y les resultará discutible que lo postule— buscó Báez, durante su primer gobierno, el fomento de las estructuras nacionales; y ante el hecho de la anexión de 1861, esta doctrina se sustenta con más vehemencia a través del aglutinamiento de la lucha restauradora de la independencia, sencillamente porque el anexionismo nos conectó a una nación que como España no poseía condiciones en cuanto a ofrecer posibilidades de definir el modelo liberal vía la dependencia directa. Sin discutir cuál hubiese sido la situación si el anexionismo nos hubiese vinculado a una potencia liberal —porque las suposiciones no entran en el análisis de la Historia que debe apoyarse en el

acontecimiento materializado— también quiero enfatizar el aspecto erudito de numerosos liberales cibaños, de donde se desprende una literatura en concordancia con sus ideas. Desde Bonó que escribe y publica para 1848 su célebre novela *El Montero*, donde retrata con nobleza costumbrista al personaje típico de su tiempo, hasta José Peña y Reynoso, los hermanos Angulo Guridi, y la mayoría de los poetas románticos. A todos estos nombres habría que agregar el de Espaillat, Félix María Rodríguez, Federico García Godoy... nombres vinculados a periódicos —El Tiempo— la Voz del Cibao— El Eco del Yaque... e instituciones culturales a través de los cuales se hacían sentir sus ideas democráticas y combatientes, como se hacían sentir las celebradas décimas de Juan Antonio Alix, cantor del Yaque, “coplero popular que alcanzó extenso renombre en todo el país como el que mejor supo reproducir en sus versos las actitudes, los hábitos, los sentimientos y el habla del campesino dominicano”⁸⁵. Especialmente el contraste entre las ideas de escritores liberales y el cantar ceñido a la realidad de Juan Antonio Alix me permiten pensar con Hoetink que *“la sociedad nacional, por no decir el Cibao, oscilaba políticamente entre realismo e idealismo, entre lo que parece posible aquí y lo que era admirado en otra parte. El uso a veces simultáneo de dos marcos de referencias, el criollo y el extranjero-moderno, llevaba aún a los más liberales (...) a una forma de esquizofrenia política”*⁸⁶. Esta observación nos conduce al último aspecto socio-cultural comprendido en la etapa que analizamos: la del período del “cambio”.

Desde el punto de vista de las manifestaciones culturales puede llamarse *etapa del cambio*, al período comprendido entre 1875—1903, y la cual responde a la aspiración liberal que se traducía con el lema “Paz, Orden y Progreso” y del que “son partidarios e introducen un sinnúmero de civilistas que habían admirado en Europa —especialmente en Francia e Inglaterra— los más profundos adelantos que seguía engendrando la revolución industrial. Tal aspiración y modelo fue una fuerza motivacional que en parte estimuló el cambio en los momentos en que los representantes del Bando Azul toman las directrices nacionales. Pero la *Paz* unipartidista que comienza con Luperón y Meriño terminó con el *Orden* unipersonal que encarnó Lilís encauzador del progreso material, a través de la entrega al capital extranjero”⁸⁷. El cambio que no fue otra cosa que la introducción de una serie de mecanismos con la que se plantea la “modernización nacional, que quiere decir un cambio de posibilidades mínimas que acentuaron un contraste entre el capital nativo y el capital extranjero, entre la élite y las masas y entre el paisaje virgen de la ruralidad y la ruralidad revestida de aspectos urbanos. Con el cambio se cumplió aquella vieja demanda republi-

cana de que era necesario fomentar la inmigración de extranjeros para promover el progreso. Los deseados eran europeos, pero también vinieron árabes y chinos, a pesar de que el mayor número de inmigrantes procedieron de Cuba y de Puerto Rico y los cuales impactaron con nuevas modas, pero también revolvieron sus prejuicios ancestrales hacia la negritud, presente también a finales del XIX, como resultado de una reorientación de la economía productiva, apoyada en el enclave de la caña del azúcar, que especialmente afectó el Sur de la República.

Para saber cómo impactó el cambio al que se hace referencia en la zona del Cibao, oigamos a Tulio M. Cestero, quien en 1900 escribió lo siguiente: *"El camino de La Vega a Santiago es llano y ancho; las necesidades del comercio desarrollaron el impulso progresista que lo ha de convertir en carretera o tenderán los rieles que han de unir a Santiago con el puerto de Sánchez. Durante las tres horas que se gastan en recorrerlo, los ojos del viajero se complacen a la vista de la labranza y estancias que se suceden a un lado y a otro, y los establecimientos que abren sus puertas a la vera. A cada instante, pasa caracoleando un jinete, dos, el grupo alegre de un bautismo o la vistosa cabalgata de un matrimonio que va o viene de la ciudad, y recuas, siempre recuas cargadas de tabaco (...) Los que cruzo en el camino que van de una estancia a otra, montan un buen caballo bien apareado, en su cinto su cuchillo de monte y un revólver Smith and Wesson de grueso calibre"*⁸⁸.

Al referirse a Santiago señala el viajero que *"algunas casas de reciente data tienen un sello de modernismo" (...) En construcción y ya casi concluido el nuevo matadero (...) Santiago tiene tres principales centros de cultura y recreo (...) y el Consejo Municipal tiene en estudio un proyecto para alumbrar el parque con gas acetileno y otro de acueducto"*⁸⁹, y ya para entonces contaba esta comunidad con una estación ferroviaria que la comunicaba con Puerto Plata, sobre la que dice Cestero que *"es la más linda y la más limpia ciudad de la República; es, según expresión popular, "una tacita de plata" (...) El elemento extranjero ha influido poderosamente en el espíritu de Puerto Plata; en las calles se escuchan hablar distintos idiomas; dentro de algunos años será la menos dominicana de las ciudades"*⁹⁰.

Al visitar a Moca en octubre de 1900, hace el referido viajero una concluyente observación: *"Desde el 26 de julio de 1899, Moca ha adquirido gran notoriedad política, apenas pasa un día sin que se hable de ella en la prensa o en los corrillos; de sus entrañas nació el corazón grande y generoso del libertario Ramón Cáceres. No fue un*

hombre el que sucumbió esa tarde, (se refiere al asesinato de Ulises Heureaux) fue todo un horrible sistema de gobierno implantado en el país con raros y breves paréntesis, desde 1845; fue el desquebrajamiento de la tiranía"⁹¹.

Me introducía al principio de esta visión trazada con versos del *Canto Triste a la Patria Bien Amada* del poeta Incháustegui Cabral. Estos versos me sirven también para concluir con la sensación de que mis explicaciones han sido el "auto veloz" con que he buscado contemplar el paisaje "movedizo" del Cibao. Realmente sus manifestaciones culturales entre 1844—1900 tienen de manera predominante "empalizadas bajas y altos matorrales".

CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. Héctor Incháustegui Cabral. *Poemas de una Sola Angustia. Obra poética completa 1940—1976*, UCMM, Santiago 1978, págs. 74—75.
2. Fernand Braudel. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial. Madrid, 1968, pág. 25.
3. Idem, pág. 50.
4. Bartolomé de Las Casas, citado en *Enciclopedia Dominicana*, Tomo II, pág. 109.
5. Luis Núñez Molina, *El Territorio Dominicano*, Santo Domingo, 1968, pág. 72.
6. Braudel, op. cit., pág. 51.
7. Idem. págs. 176—177.
8. David Dixen Porter. *Diario de una misión a Santo Domingo (1846)*. Editora de Santo Domingo, S.A., Sto. Dgo., 1978, pág. 153.
9. Idem. pág. 131.
10. Idem. pág. 202.
11. Idem. págs. 184-185.
12. Idem. págs. 186-87.
13. Idem. pág. 193.
14. Idem. pág. 194.
15. Idem. pág. 202.
16. Idem. pág. 203.
17. Idem. pág. 204.
18. Idem. pág. 207.
19. Idem. pág. 205.

20. Idem. pág. 207.
21. Idem. pág. 208—209.
22. Idem. pág. 209.
23. Idem. pág. 210.
24. Idem. pág. 211.
25. Idem. pág. 216.
26. Idem. pág. 217.
27. Idem. págs. 218—219.
28. Samuel Hazard. *Santo Domingo, su Pasado y su Presente*. Editora de Santo Domingo, S.A., Sto. Dgo., 1974, pág. IX.
29. Idem. pág. 5.
30. Idem. pág. 393.
31. Idem. pág. 324.
32. Idem. pág. 354.
33. Idem. pág. 356.
34. Idem. pág. 369.
35. Idem. pág. 388.
36. Idem. pág. 372.
37. Idem. pág. 374.
38. Confert, pág. 388.
39. Idem, pág. 376.
40. Idem. págs. 319-320.
41. Estudio de Alejandro Angulo Guridi. Referido por Emilio Rodríguez Demorizi. *Antecedentes de la anexión a España*. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, págs. 410-411.
42. Idem.
43. Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles de Pedro F. Bonó*. Academia Dominicana de la Historia, vol. XVII; Santo Domingo, 1964, págs. 352-398.
44. Idem. pág. 357.
45. Idem. pág. 364-365.
46. Idem. pág. 360—361.
47. Idem. pág. 142, confert.
48. Idem. pág. 191.

49. Idem. págs. 159-160.
50. Idem. pág. 161.
51. Idem. pág. 162.
52. Idem. pág. 215.
53. Idem. pág. 206.
54. Idem. pág. 288.
55. Idem. págs. 289-290.
56. Idem. pág. 227.
57. Idem. pág. 291.
58. Idem. pág. 286, confert.
59. Idem. pág. 287.
60. Idem. pág. 378.
61. Idem. pág. 393.
62. Idem. pág. 142.
63. Ciriaco Landolfi; en *La Sociedad Dominicana durante la Primera República 1844-1861*; Tirso Mejía Ricart, editor, Santo Domingo, 1977, págs. 157-200.
64. Idem. págs. 178-179.
65. Idem. pág. 198.
66. Idem. pág. 199, confert.
67. Idem. pág. 160, confert.
68. Idem. pág. 225.
69. Valentina Peguero, Danilo de los Santos, *Visión General de la Historia Dominicana*.
70. Idem, pág.
71. Harry Hoetink. *El Pueblo Dominicano: 1850-1900*.
72. Rodríguez Demorizi. *Papeles de Bonó*, op. cit.
73. *Enciclopedia Dominicana*, tomo III, Santo Domingo, 1976, págs. 203-4.
74. Hoetink, op. cit., pág. 45.
75. Otto Schoenrich, pág. 130-131.
76. Hoetink, op. cit., pág. 20.
77. Emilio Rodríguez Demorizi. *Lengua y Folklore de Santo Domingo*, pág. 59.
78. Otto Schoenrich, op. cit., pág. 155.
79. Sebastián Emilio Valverde, referencia en Rodríguez Demorizi, op. cit., pág. 83.

80. Dr. Ox. referencia en Rodríguez Demorizi, op. cit., pág. 67.
81. Referencia en Rodríguez Demorizi, págs. 71-72.
82. Danilo de los Santos. "El Pensamiento y la Institución Educativa en la Sociedad Dominicana", *Eme-Eme, Estudios Dominicanos*, No. 34, pág. 54.
83. Idem, pág. 87.
84. Hoetink, op. cit., confert, pág. 233.
85. Max Henríquez Ureña, pág. 302.
86. Hoetink, op. cit., pág. 191.
87. Peguero-De los Santos, op. cit., pág. 269.
88. Tulio M. Cestero. "Por el Cibao en 1900", *Eme-Eme, Estudios Dominicanos*, No. 4, enero-febrero, 1971, pág. 116.
89. Idem. pág. 118.
90. Idem. pág. 125.
91. Idem. pág. 132.